



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 48 – 22 de Septiembre de 2015

ESPECIAL

CATALUÑA (1 de 3)

1. **A modo de presentación**
2. **La secesión a manos del adversario**, *José Manuel Cansino*
3. **Hablando de Cataluña**, *Emilio Álvarez Frías*
4. **Palabras de José Antonio sobre Cataluña**, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. **Mas y el asunto catalán**, *Honorio Feito*
6. **Traidores vendidos y/o tontos**, *Luis Miguel Villegas*

A modo de presentación

Se afirma con razón que quien elige los términos a utilizar determina buena parte del debate. Eso ha ocurrido recientemente en España con su propia existencia. La Constitución de 1978, realidad determinante para los que se aferran al denominado «Patriotismo constitucional», sólo utiliza en dos ocasiones el término «Patria» marcando así un camino que ha servido para desalojarlo del lenguaje cotidiano. La última Transición política española trajo también la sustitución del término «España» por el de «este país» tras del que se parapetaron todos los que contribuyeron a identificar el primero con el Régimen nacido el 1 de Abril de 1939. La consecuencia ha sido que el nombre de nuestra Patria se convirtió en un término sólo utilizado profusamente en el ámbito deportivo. Se había decidido sustituir los términos Patria y España por el de «este país» y así, eligiendo los términos, se marcaba un debate en el que resultaba forzado reconocerse en una realidad cuyo nombre era casi extraño.

El posterior desarrollo del Título VIII de la Constitución y la definición de un sistema electoral que sobre representaba a los partidos políticos regionales, fueron afianzado un camino hacia el desafecto por lo común. Probablemente el resultado más paradójico de todo el proceso post-Constitución de 1978 ha sido que un camino marcado por las concesiones continuas a los nacionalismos periféricos hechas por gobiernos de izquierdas y derechas, no sólo no han conseguido saciar sus demandas sino que nos ha conducido a un nuevo desafío del separatismo catalán.

Este número especial de la *Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera* es una modesta contribución a la unidad nacional entre las mujeres, los hombres y las tierras de España. La extensión de las contribuciones recibidas recomienda dividir el número especial en tres entregas.

Hay quien demanda que la Fundación José Antonio Primo de Rivera se limite al estudio del

pensamiento y de la obra política del fundador de Falange Española. Nosotros en cambio estamos convencidos de que también es nuestra tarea mirar a la actualidad y al futuro de nuestra Patria desde el legado ideológico que hemos recibido.

Esperamos que encuentre de interés todo o buena parte de lo que acompaña a esta introducción y vaya desde aquí nuestro agradecimiento a todos los que han contribuido a este número especial de la *Gaceta*.

La secesión a manos del adversativo

José Manuel Cansino

Doctor en Economía

Anadie se le oculta que lo único que ha impedido la reforma de la Constitución de 1978 ha sido la desaparición del ánimo constituyente post franquista en, al menos, tres cuestiones centrales: la voluntad de reconciliación (hoy sustituida por un extendido sentimiento de revancha), la identificación con el deseo de unidad de España (hoy en solfa por los movimientos separatistas) y el respaldo a la Monarquía (contestada después de treinta años de exaltación de unas indiscutidas virtudes a la República de 1931). Me centraré en el segundo.

Frente al discurso separatista construido sobre un sentimiento nacionalista exento de autocrítica (valga la redundancia), la defensa de la unidad de España por parte de la clase intelectual y política ha sido tardía y extraordinariamente tibia. Ha sido una defensa herida por

el uso recurrente del adversativo «pero». Así, se han oído las voces de quienes han defendido la unidad de España «pero» de una España federal o federalmente asimétrica. Han estado también los que han defendido la unidad de España «pero» salvando los fueros vascos o navarros que no son sino flagrantes asimetrías. A todos se unieron los que se sintieron siempre en la obligación de decir que se sentían españoles «pero» dentro de Europa. Así el adversativo se instaló como una barrera profiláctica que los españoles hemos asumido para evitar que se nos anatemizara como radicales.



Sin embargo el adversativo no cabe en el discurso identitario nacionalista. Por tanto, el nacionalismo ha crecido libre del complejo de identidad que azota a España ora por la Conquista del Nuevo Mundo, ora por las tropelías de monarcas y gobernantes, ora por la pérdida de Cuba, por la derrota del Anual o por la última derrota en el mundial de fútbol. La consecuencia de esta acción del adversativo contra el sentimiento español ha sido impedir la existencia de un contrapeso social al ensanchamiento nacionalista que fue ganando terreno gracias al complejo del resto de la sociedad española.

La cultura y la intelectualidad española -incluida la universitaria- han sido especialmente presas del efecto paralizante y acomplejador del adversativo. Demasiado

apegada al Presupuesto, a la subvención, al curso de verano y a la tertulia todoterreno, la intelectualidad española asumió que denunciar la amenaza creciente de secesión era caer en lo políticamente incorrecto con el riesgo fundado de ser arrojada extramuros de ese dinero público que, paradójicamente, nace del bolsillo de todos los españoles.

Ha habido que esperar a que intelectuales y comunicadores procedentes, mayoritariamente de la izquierda o incluso de la extrema izquierda, rompieran su silencio para que el secesionismo comenzase a tener una contestación pública de la mano de figuras como Gustavo Bueno, Iñaki Ezquerro, Jon Juaristi, Arcadi Espada, Francisco Caja, Francesc de Carreras, César Alonso de los Ríos, etc. Naturalmente sería injusto no ampliar esta lista con otros pensadores que no proceden de las mismas raíces ideológicas como Fernando de Cortázar, Juan Velarde, Manuel Parra, Rafael Sánchez Saus o Gustavo Morales. Pero lo que sí debemos sacar como lección aprendida es que la principal razón por la que el secesionismo ha alcanzado la influencia actual está en la claudicación del resto de la sociedad española. Una sociedad que aún sigue atenazada por el adversativo.

Hablando de Cataluña

Emilio Álvarez Frías

Para poder seguir con cierta comprensión las siguientes líneas es preciso confesar que uno no nació ayer. Digamos que, aunque es fácilmente demostrable, lo planteo como un axioma para que lo tengan en cuenta los posibles lectores con el fin de evitar mayores aclaraciones.

Cierto: uno no nació ayer. Por eso se indigna frecuentemente cuando escucha a plumíferos hablar de lo que no saben porque ni lo han vivido, ni han tenido maestros que les enseñaran cómo fue, y como su arrogancia les impele a hablar como entendidos de cualquier tema, lo hacen a tono con las sandeces que dicen otros plumíferos, o inventan sobre la marcha lo que viene al caso tomando pizcas de comentarios que han escuchados a otros que tampoco sabían nada al respecto, o, sabiéndolo, caso de que se dé este hecho, lo cambiaban a conveniencia. También se puede dar la circunstancia de haber oído algo que relataba el nieto de un abuelo al que no conoció y, por prudencia, nadie le contó de sus fechorías; o las manifestaciones de un politiquillo del tres al cuarto que apenas ha aprobado la primera enseñanza y ya anda con más ínfulas que Sancho; o a un curtido escalador de puestos en el partido o en cualquier departamento de la Administración, manipulador ducho en cambiar los hechos históricos cuando es necesario e imprescindible para ganar puntos y créditos.

Lo malo es que toda esa bazofia de predicadores han ido extendiendo basura sobre personajes ilustres que fueron creando las bases para que el país prosperara, con lo que consiguieron ir saliendo de las porquerizas donde quisieron meterle los abuelos de muchos de los que hoy dan lecciones de honradez, progreso, defensa de los intereses de la ciudadanía, desvelo por «el pueblo», y «libertad» a tutiplén. Y se empeñan estos nietos en dar todo ese paquete de «conquistas» a los que, como es notorio y evidente, al parecer, vivimos hace tiempo bajo el yugo de incapaces de promover el progreso en todas sus formas, de engrandecer la nación, de hacer patria. Incluso, dándose el caso, harto frecuente, de que los acompañan en la prédica muchos hijos y nietos de aquellos hombres ilustres pues, impudicamente, se han ido uniendo a la caterva de los predicadores para escarnecer a los que crearon las bases sociales de las que hoy disfrutaban los españoles, o las obras públicas necesarias para cubrir las necesidades de ese pueblo abandonado durante siglos, o empresas sobre las que ir tejiendo un entramado industrial en constante ascenso en la escala social y un constante mejoramiento de la vida.

Como uno no ha nacido ayer puede enjuiciar el devenir del país, los hechos acaecidos, cómo fue

evolucionando la convivencia, qué había y qué faltaba tiempo atrás, las necesidades pasadas por unas generaciones que laboraban con entusiasmo para el perfeccionamiento de la familia, de su entorno, de la comunidad.

Porque de la misma forma que ahora se lleva a los niños a campamentos para que vean qué es una oca, o cómo abre su cola el pavo real, o apreciar la hechura del animal del que se saca el jamón que ellos comen, o para qué se usaba una raza de cuadrúpedos que se conocía como burros, jumentos o asnos entre otros nombres, porque no los han visto jamás ni figuran entre las muchas ilustraciones innecesarias de sus libros de estudio, y, de paso se den cuenta de que en otros tiempos no había tractores que facilitaran las tareas del campo sino primitivos arados romanos arrastrados por caballerías, y que no llegaba un bien imprescindible como el agua corriente a todas las viviendas, ni éstas tenían calefacción sino braseros de cisco en el invierno, más un largo etcétera ignorado por los actuales internautas, que si bien manejan con soltura el internet y las redes sociales, no saben escribir correctamente las palabras porque utilizan simplificaciones para comunicarse por SMS o whashapp, y la gramática es cosa de lujo, el latín algo de las cavernas, la filosofía cosa de dementes y la teología de seres de otras galaxias.

De la misma forma, porque uno no ha nacido ayer, puede hablar de cuando recorría todas las tierras de España entendiéndose con todas las gentes; y de igual forma hablaba del tiempo y del paisaje con un payés del Bajo Llobregat, como con un montañés, asturiano o leonés de los Picos de Europa, o un pescador de Zumaya, o un labriego andaluz perdido en un cortijo de Sierra Morena.

En cualquier lugar era recibido con agrado, de acuerdo con las características del lugar, y no importaba que el lenguaje fuera catalán, vasco, gallego, asturiano o andaluz, que también existe como nos asegura Sebastián de Covarrubias en el *Tesoro de la lengua española o castellana*, pues lo importante era razonar, cambiar impresiones y conocimientos, dejar constancia de la buena crianza, y saberse todos de una misma patria que en el fondo todos querían y respetaban.

A veces, incluso, uno piensa que ha vivido más de lo que quisiera, pues ha llegado a contemplar, perplejo, descolocado, triste, cómo por la acción de unos desaprensivos, descerebrados, paranoicos, ambiciosos y psicópatas se ha conseguido, con manipulaciones, mentiras, promesas, engaños y un elevado número de malas artes, llevar a los habitantes de las diferentes tierras de España al desencuentro, al enfrentamiento, al odio incluso, a querer hablar entre ellos lenguas distintas, a pesar de existir una común de ámbito mundial con la que es posible entenderse incluso en otros muchos países; sin que ello quiera decir que hay que prohibir las lenguas locales, pero sí ser serios y mantener una común y universal para el entendimiento de los habitantes del país.

Es triste y lamentable esta situación en la que se encuentran los pueblos de España, aunque, hemos de reconocer que esto no se ha producido ahora, que viene de antes, aunque sí es ahora cuando se ha permitido llegar a un punto que casi hemos de considerar extremo. Ya en tiempos pasados, otros descerebrados que se antepusieron a los de ahora, anduvieron por los mismos raíles, encontrando respuesta en numerosos intelectuales y políticos de diferentes ideologías, como, por ejemplo, Unamuno, Ortega y Gasset, José Antonio Primo de Rivera, Azaña, etc.

Uno recuerda que allá por los años ochenta y tantos, visitando los castillos del Valle del Loira, al recorrer los maravillosos jardines del Castillo de Villandry, tropezaron con él unas niñas de 10/12 años que corrían por aquellos parterres y, a pesar de no ser responsable de tal



encontronazo, pidió disculpas, a lo que una niña contestó en catalán no recuerdo qué; entonces las pregunté: «¿sois españolas?», a lo que me respondieron con un rotundo: «No, no somos españolas, somos catalanas». Quedé triste con la respuesta pues a través de ella me di cuenta en ese momento de hasta qué punto había llegado la nueva desamortización que se estaba produciendo en España. Descerebrados individuos, cuyos principios e intenciones hemos llegado a conocer más tarde, trabajaban intensamente para crear la barrera entre España y Cataluña, entre los españoles y los catalanes, tendencia que no ha disminuido desde entonces, sino todo lo contrario, afanándose día a día en el envenenamiento de la juventud; lo que se ha favorecido, a través de los medios del Estado, que son por lo tanto de todos los españoles, con la especial traición de determinados partidos políticos nacionales que, por tocar poder, han prestado todo su apoyo a los secesionistas; esa caterva de individuos han trabajado intensa, poderosamente y sin descanso, consiguiendo cada vez más cotas en la escala, hasta llegar a que muchos de los inmigrantes andaluces y extremeños se hayan vestido con los ropajes catalanistas, pariendo generaciones que se consideran catalanes al estilo de los separatistas.

¿Qué hacer, nos preguntamos los españoles del resto de España y los españoles de dentro de Cataluña, a los que no olvidamos a pesar de no haberlos mencionado por estar comprendidos entre todos los españoles? Primero, una reacción por parte de los catalanes españolistas, creando una quinta columna efectista, sacando a relucir sus reños y plantándose ante los descerebrados para decirles con claridad que «ya está bien», votando, como primera medida, en las próximas elecciones, en sentido negativo a las propuestas de ese excéntrico, anormal y fanático que en los últimos años está llevando a Cataluña al desastre, con la ayuda y el beneplácito de los anteriores, y la cobardía y falta de autoridad del Gobierno de España. Y por parte del Gobierno de España, que por primera vez se lo tome en serio, sin esperar a que los secesionistas se equivoquen y pierdan sus elecciones o referéndum, dejándose de cataplasmas, tomando el toro por los cuernos, y plantando cara a ese atentado de lesa patria; todo, de acuerdo con las leyes vigentes en la nación, que para algo deben valer, cortando de raíz la transgresión que de las mismas se viene produciendo desde el mismo momento de ser aprobadas y sancionadas, y aplicando desde ya todo su contenido, al menos de la misma forma que se hacen cumplir las normas de tráfico, normas que muchas veces son ocurrencias o caprichos de determinadas personas.

Los españoles estamos deseando seguir considerando a los catalanes como españoles de pleno derecho, amigos, compañeros y camaradas de negocios y aventuras por el mundo, pues todavía quedan algunas hazañas por realizar que esperan nuestro inagotable espíritu descubridor y conquistador. Y al hablar de catalanes lo hacemos también de vascos, gallegos, extremeños, andaluces..., pues España fue imperio cuando andaba unida por los mundos; y fue importante emporio industrial cuando todos los españoles, formando un solo racimo, trabajamos al unísono; y se valoró, a pesar de problemas añadidos por razones ajenas a nosotros, la importancia de nuestra representación en el mundo civilizado y en los organismos internacionales, como la ONU, la OITE, etc.

Ante la dejación de la acción no cabe otra alternativa que la reacción, que es la que ha de tomar el pueblo español, los españoles en su totalidad. Fundamentalmente los jóvenes, no dejándose seducir por las ofertas de ideas trasnochadas, de promesas inalcanzables, de prebendas al alcance de la mano. Los jóvenes han de ser generosos, desprendidos, amantes de la aventura y los descubrimientos, amantes de lo difícil, de lo imposible, y no buscadores de un pronto despacho en el que recluirse para escalar puestos sin apenas esfuerzo aunque sí les suponga someterse a vasallaje y servilismo, ni pretender el ejercicio del poder sin haber tenido previamente una formación adecuada, descubriendo lo nuevo entre lo que el hombre de hoy piensa para aplicarlo a ayudar a la comunidad, para hacer progresar a su patria con lo último y no con lo caduco y obsoleto, buscando la mejora de la colectividad y no únicamente la suya, dando a los demás cuanto pueda que es la mejor forma de ir construyendo la recompensa propia. Y dedicar a la Patria lo mejor de su inteligencia, de su esfuerzo, porque será una forma de continuar lo que otros hicieron anteriormente, y de agradecerles lo que en él legaron.

Palabras de José Antonio sobre Cataluña

José M^a García de Tuñón Aza

La historia de Cataluña -decía Josep Terradellas- es densa y, hasta cierto punto contradictoria, lo que significa que la política catalana ha sido siempre difícil. Pero nos proponemos escribir sobre lo que José Antonio Primo de Rivera dijo sobre aquel pedazo de España, y para ello nada mejor que comenzar con las palabras que reproducía la revista *Tiempo*, el 22 de diciembre de 1997, pronunciadas por el entonces presidente, de aquella región española, Jordi Pujol: cuando hablando del problema catalán, contestó textualmente al periodista Santiago Belloch, que le hacía la entrevista: «Mire, sé que la cita es un riesgo, pero uno de los que lo entendió mejor, y en circunstancias muy difíciles, fue José Antonio Primo de Rivera. El 30 de noviembre de 1934, en un debate en el Congreso en el que él pedía nada menos que la anulación del Estatut de Cataluña, afirmó: "Lo digo porque para muchos este problema es una mera simulación; para otros, este problema catalán es más que un pleito de codicia: la una y la otra son actitudes perfectamente injustas y perfectamente torpes. Cataluña es muchas cosas mucho más profundamente que un pueblo mercantil; Cataluña es un pueblo profundamente sentimental... el problema de Cataluña es un problema difícilísimo de sentimientos". Le sorprenderá que le habla de José Antonio, aunque ya sabe la consideración que le tenía Azaña, pero es que la cita es muy certera y procede de un anticatalanista».



Estas palabras, publicadas en sus *Obras Completas*, aconsejaría que de aquel día fuera leída su intervención completa porque, posiblemente, saquen sarpullido a la gran mayoría de los adversarios políticos del fundador de Falange que sólo saben decir de él que era un «fascista» porque la cabeza no les da para más. Las palabras que repitió Pujol vienen de un hombre separatista y separador de España, que reconoció públicamente, hace años, lo que pensaba de Primo de Rivera en un asunto que, por desgracia para la inmensa mayoría de los españoles, vuelve a estar de actualidad por culpa del nefasto Arturo Mas y todos sus satélites.

La primera vez que José Antonio se refirió a Cataluña fue el 4 de enero de 1934 en el Congreso con motivo de la sesión que se dedicó al presidente de la Generalitat, Francesc Macià, fallecido el mes anterior, y al que se refirió un día Unamuno, no muy bien, por cierto. El fundador de Falange llama a aquella región, tierra noble, grande, ilustre y querida. «...Cataluña, tiene que ser tratada desde ahora y para siempre con un amor, con una consideración, con un entendimiento que no se recibió en todas las discusiones. Porque cuando en esta misma Cámara y cuando fuera de esta Cámara se planteó en diversas el problema de la unidad de España, se mezcló con la noble defensa de la unidad de España una serie de pequeños agravios a Cataluña, una serie de exasperaciones en lo menos, que no eran otra cosa que un separatismo fomentado desde este lado del Ebro. Nosotros amamos a Cataluña por española, y porque amamos a Cataluña la queremos más española...».

De nuevo vuelve a intervenir en el Congreso el 28 de febrero siguiente comenzando con estas

palabras: «En Cataluña hay ya un separatismo rencoroso de muy difícil remedio, y creo que ha sido, en parte, culpable de este separatismo el no haber sabido entender pronto lo que era Cataluña verdaderamente. Cataluña es un pueblo esencialmente sentimental, un pueblo que no entiende ni poco ni mucho los que le atribuyen codicias y miras prácticas en todas sus acritudes; Cataluña es un pueblo impregnado de un sedimento poético, no sólo en sus manifestaciones típicamente artísticas, como son las canciones antiguas y como es la liturgia de las sardanas...». En el periódico *F.E.* se quejaba el 12 de julio de 1934 que en España se emplea el sentimiento separatista a plena voz, como instrumento normal de comunicación política entre los gobernantes de Cataluña y sus gobernados. Al poco tiempo, en el mismo medio, el día 19, escribe: «Nadie podrá reprocharnos de estrechez ante el problema catalán. En estas columnas antes que en ningún otro sitio y, fuera de aquí, por los más autorizados de los nuestros, se ha formulado la tesis de España como unidad de destino. Es decir, no concebimos cicateramente a España como entidad física, como conjunto de atributos nativos (tierra, lengua, raza) en pugna vidriosa con cada hecho nativo local. Aquí no nos burlamos de la bella lengua catalana...». En una carta a Franco, el 24 de septiembre, le dice: «El Estado español ha entregado a la Generalidad casi todos los instrumentos de defensa y le ha dejado mano libre para preparar los de ataque. Son conocidas las concomitancias entre el socialismo y la Generalidad. Así, pues, en Cataluña la revolución no tendría que adueñarse del poder, lo tiene ya...».

El 6 de noviembre en el Congreso de los Diputados se refiere a la Revolución de Asturias y también al intento separatista de Cataluña. Se queja de que se hable demasiado de Asturias y se olvide lo que ocurrió en Cataluña. No entiende, por ejemplo, el «fusilamiento de dos desgraciados», ocurrido en esta región española, razón por lo que no ha podido pegar los ojos aquella noche, antes de ser fusilados, pensando en ese momento, y, sin embargo, no entiende el que hayan indultado al comandante Pérez Ferras que ha cometido el peor delito de traición contra la Patria y contra el Ejército. Un oficial que se alzó contra la unidad de España y mandó disparar a sus tropas y matando a otro oficial del Ejército español y a varios soldados.

José Antonio hablaba con la verdad por delante, no engañaba, no mentía, no fingía y criticaba cuando tenía que hacerlo. Criticó también al general Batet después de que éste, por orden del presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux, detuviera a Lluys Companys y su camarilla, al declarar aquel octubre de 1934 el Estado catalán, porque el general sencillamente dijo que el sentimiento separatista no era execrable como contenido, sino porque se había producido sin haber cumplido tal o cual artículo de ciertas normas reglamentarias. Eran, ciertamente, palabras melancólicas y pobres las que el general utilizó para dar a conocer la victoria. Victoria que se produjo después de que los soldados del ejército de España disparasen contra el Palacio de la Generalidad defendido por los Mozos de Escuadra.

José Antonio vuelve a intervenir en el Congreso el 11 de diciembre de 1934, finalizando su intervención con las siguientes palabras: «Señor Presidente del Consejo de Ministros... el Gobierno la táctica, que ya va siendo en él habitual, de demorar los problemas hasta que se olvidan, hasta que se pudren, hasta que son reemplazados por la angustia de otros problemas nuevos que se nos imponen con la realidad de su presencia. Esto no es más que una dilación. Dentro de algún tiempo tendremos otra vez resucitado el Estatuto y entonces, el Estatuto, después de esta comprobación de que en Cataluña no está suficientemente afianzada la unidad de destino, será una repetición, ya sin disculpa, de todos los riesgos, de todas las traiciones, de todas las crueldades que han estado a punto de deshacer de nuevo la unidad de España. Ya es tarde para que se nos diga esto. Ya habéis votado desechando la petición de que el Estatuto se derogase. ¡Bien! Os habéis retorcido el corazón una vez más; pero habrá un día en que España, defraudada y exasperada, entre en este salón a retorcernos a todos el pescuezo».

En el periódico *Arriba*, 28 de marzo de 1935, escribe que «el catalanismo nace políticamente cuando España pierde sus colonias, es decir, cuando los fabricantes barceloneses pierden sus mercados». A José Antonio no se le ocultaba que los productos catalanes no podían defenderse en una competencia puramente económica, por eso tenían que imponerlos políticamente al resto de España y para ello nada mejor que endurecer un instrumento de amenaza al mismo

tiempo que de negociación. Por eso culpa a la burguesía capitalista catalana de pasar por apaciguadores del furor popular a cambio de obtener mayores beneficios en sus ventas. En el mismo medio, el 18 de abril, vuelve a recordar la sublevación de la Generalidad y culpa a los hombres que han intentado penetrar entrañas adentro de nuestra realidad viva para destrozarla, jugando con ella para el sacrificio.

La última vez que José Antonio se refirió a Cataluña fue también en el periódico *Arriba* el 5 de marzo de 1936. Ya había comenzado, como ahora la marcha vertiginosa de los partidos separatistas. En el frenesí de la multitud apiñada en torno a Companys –decía José Antonio– ni un «¡Viva a España!» se ha escapado. Todo ha sido vivas a Cataluña y a la República, proferidos con el designio patente de eludir la pronunciación del odiado nombre de España.

De aquella España que el fundador de Falange fue, como antes había dicho de sí mismo Miguel de Unamuno, diputado español y no de alguna provincia española, ni siquiera diputado de la República, aunque fuera diputado republicano, porque allí lo había llevado España y así se consideró siempre: un diputado de España. España, otra vez España. España es el problema, había escrito Ortega. ¿Y sigue siendo así? Que cada cual responda según su propia conciencia.

Mas y el asunto catalán

Honorio Feito

El desafío independentista que encabeza Arturo Mas, siguiendo las pautas que le dicta Oriol Jonquieras, no es el fruto de una desfachatez personal sino la ejecución de un plan que se viene desarrollando desde antes de que España perdiera su imperio colonial; pero recobra ahora mayor presión tras el debilitamiento del Estado, y la timorata actuación de los gobiernos de turno, especialmente el actual encabezado por el señor Rajoy, cuya evidente debilidad ponen de manifiesto a la menor ocasión otros líderes europeos como Merkel y más recientemente Cameron, para vergüenza de los propios españoles.

Hoy, y ante un nuevo desafío de Arturo Mas, un personaje que parece sacado de una película de Woody Allen, grandes sectores de la sociedad española no tienen claro cuál va a ser el futuro de Cataluña, pues el gobierno del Partido Popular, presidido por don Mariano Rajoy, sólo ofrece como respuesta a la bravata la negación contundente ante la prensa, sin que ese gesto vaya avalado por medidas políticas y/o jurídicas con las que cercenar la provocación y devolver la confianza a la Nación.



Pero el reto catalán, cuyo apoyo en aquella comunidad oscila según el momento, no es el capricho de un paranoico quijote de tercera que quiere pasar a la historia con los honores de un salvador; ni las consecuencias que tendría la supuesta independencia dependen únicamente de ese ente, que a veces parece virtual, que es la Unión Europea.

España vive todavía los efectos de la descomposición que siguieron a la pérdida del enorme imperio colonial en el siglo XIX; en este estado de ánimo, que pudo haber sido superado tras la Guerra Civil de 1936-1939 y en el periodo que siguió a la finalización de la misma, la Transición no fue más que una vuelta atrás, con los mismos protagonistas partidocráticos. En la mayoría de

los casos, los partidos protagonistas se reciclaron ideológicamente para adaptarse a los nuevos tiempos, sin perder de vista los objetivos fallados antes del conflicto bélico; para otros partidos (PCE), aquellos líderes ya ancianos, que habían abandonado España derrotados, fueron recibidos en olor de multitudes como los héroes del fracaso. Se retomaron –como acostumbran a decir los conductores de los telediarios– los viejos propósitos y se repartieron España en 17 reinos de taifas. Todos ustedes saben las consecuencias políticas, económicas y sociales de las que somos víctimas como consecuencia de este reparto, que se había iniciado en tiempos de la II República y que continuó con la política de Adolfo Suárez, la genialidad del profesor Clavero Arévalo y el beneplácito de Juan Carlos I. Con ello, volvíamos a la situación anterior a la Guerra Civil.

¿En qué ha cambiado la situación desde entonces? Los analistas políticos dicen que una de las causas del «recrudescimiento» independentista catalán (apagado durante la Transición cuando su hermano vasco dejaba la huella del «nuevo largo parabelum» en la nuca de jóvenes policías y guardias civiles), tiene su clave en la descomposición del PSOE, por una parte, y en ese fenómeno que es la corrupción que, como el chapapote, ha manchado las costas del sistema político actual y enriquecido a muchos de los que viven del cuento de la política. Conviene recordar, sin embargo, que allá en los tiempos de la II República, un diputado socialista por Oviedo, el doctor Mouriz Riesgo, «el obrero de la Ciencia», abandonó su acta de diputado precisamente ante el desarrollo que el Estatuto catalán estaba alcanzando y, sobre todo, por el apoyo que su partido, el PSOE, le estaba prestando, lo que él mismo calificó como una «catástrofe nacional», tras haber discutido en los salones aledaños al hemiciclo con el diputado catalán Carrasco Formiguera sobre esa cuestión en repetidas ocasiones.

Más recientemente, el nuevo líder elegido por el señor Rajoy para dirimir los asuntos catalanes en Cataluña, Javier García Albiol, pronunció esa frase que ha dado mucho que hablar: «se acabó la broma», dejando entrever que, hasta en su propio Partido Popular, la cosa parece un chiste.

Mas no es el inventor de esa moneda de cambio que es el independentismo catalán, usado para exprimir la ubre de la madre España, pero Mas se ha convertido en el elemento más desafiante y, hoy, sólo los casos de corrupción en los que parece implicado su partido, Convergencia Democrática de Cataluña (CDC), y su líder espiritual, Jorge Pujol, pueden hacer recapacitar a la sociedad catalana sobre la conveniencia o no de dejarse manipular por las pretensiones independentistas, y sería una recurso temporal, mientras en España no encuentre una solución a la amenaza separatista, que implicaría una reforma de la Constitución en la línea que los españoles, que no los políticos, demandan.

Traidores, vendidos y/o tontos

Luis Miguel Villegas

De antiguo les viene la costumbre a los separatistas catalanes, un afán artero, no sólo de rescribir la historia sino de inventársela. Todo vale para justificar lo injustificable.

Lo primero que habría que decir es: que nunca Cataluña ha sido un país y menos una nación (diga lo que diga la Constitución del 78).

Una mentira repetida mil veces no se convierte en verdad. El camelo de las «Nacionalidades Históricas» es absolutamente falso. Antes que Cataluña se convirtiera en tal, León, Castilla, Aragón o Navarra, no sólo tenían reyes sino que tenían leyes. Ósea, que si queremos hablar de históricas empecemos por León, Castilla, Aragón o Navarra.

En la Constitución del 78, se cometió el error o la traición, de incluir el término «nacionalidades», dándose cuenta o no que el término nacionalidades pide nación; la nación, pide estado y, el estado, pide autodeterminación e independencia. La jugada era maestra: un

primer paso para poder dar otros pasos. Ya en aquel momento (el 78) hubo una formación política que denunció la tropelía que se proyectaba. Pero tal como se estaba en medio de una reyerta entre los defensores del Antiguo Régimen: los del no, y los pseudo-demócratas del sí, se despreció a los que clamaban por una «Abstención Activa». Vamos los que no querían ni lo uno ni lo otro.

Asistimos impasibles al lamentable espectáculo de ver a unos indignos dirigentes enrollarse en la bandera catalana, mientras se llenan las alforjas los unos y los otros. Y sobre todo cuando los otros miran en dirección contraria. ¿Qué tendrán que ocultarnos, los unos y los otros? ¿Qué atrocidades se ocultan debajo de la enseña separatista? ¿Y qué ocultan los mal llamados dirigentes españoles ante ese mirar en dirección contraria?

La fenicia burguesía catalana siempre pretendió ser una especie de estado libre asociado donde poder tratar de tu a tu al Estado Español: independencia sí, pero bajo el paraguas español. Lo que nos hace escuchar ideas tan brillantes como: Independencia sí, pero que el Barça juegue la Liga española. No he oído a ningún independentista (todos del Barça, por supuesto) pedir que el equipo catalán juegue una liga catalana propia. Vamos contra el Girona o el Lérida, por poner un ejemplo. Con lo que nos podíamos encontrar con el tragicómico despropósito que el equipo que representara a España en las competiciones foráneas, fuera un equipo «extranjero».



Con la puesta en marcha de la Constitución del 78 se puso también en marcha no solo un plan bien urdido para el desencante de Cataluña, sino la complicidad culpable por parte de los distintos gobiernos de España. Para alcanzar mayorías no se dudaba en hacer la vista gorda ante los desmanes de la Banca Catalana, el desgobierno de la Generalidad, con su 3%, el adoctrinamiento en las escuelas, cuando no se predicaba directamente el odio a España, el mal llamado problema lingüístico, vimos como para agradar al Presidente no se dudaba en destituir al líder del propio partido en Cataluña, los silbidos a la bandera de España, y así un largo y penoso rosario de despropósitos.

Desde la más alta jefatura del Estado, más interesada en sus cacerías de todo tipo y en su permanencia en la poltrona, permanencia a toda costa y a costa de todos, no se hace nada por cumplir el mandato que la misma Constitución le otorga de ser el garante de la unidad de España.

En el colmo de los despropósitos un presidente al que podíamos calificar con todos los adjetivos que nombran este artículo, afirmó: «Que él aprobaría todo lo que saliera del parlamento catalán», la secesión estaba servida.

Y ante esto, ¿cual es la reacción del Estado español?

Un Presidente del Gobierno, «que ni está ni se le espera». Un Presidente del Gobierno autista, que cada día se parece más a los «monos de la sabiduría»: ni oye, ni ve, ni habla.

Un Parlamento preocupado por sus rencillas partidistas y alejado de toda realidad nacional.

Un poder judicial totalmente politizado y al servicio del poder, de cualquier poder. En España eso de la independencia judicial es una quimera inimaginable.

Unas fuerzas extraparlamentarias predicando el populismo, el revanchismo y el odio, de las que sólo se puede esperar el enfrentamiento y la autodestrucción de España como Nación.

Unas mal llamadas fuerzas nacionales, incapaces de articular un discurso unitario y ocupadas en pequeñas tontunas particulares y estériles.

Unas fuerzas mal llamadas nacionales más preocupadas de un pasado que pudo ser y no fue. Nunca fue. Unas fuerzas mal llamadas nacionales, sin pasado, sin presente y sin futuro.

La verdad, aunque duela, es que el problema de España no es Cataluña. El problema de España es España. Tendríamos que preguntarnos que ofrece España no sólo a Cataluña sino también al resto de las regiones patrias.

España hace ya mucho tiempo que ha renunciado a tener un destino universal, un quehacer común en la historia. Los que creemos que una Patria no es un territorio, ni una lengua. Los que creemos que una Patria es «un proyecto sugestivo de vida en común», tenemos que reconocer no ya que no hay un proyecto sugestivo, es que no hay ningún proyecto. Si queremos que España renazca de sus cenizas ha de encontrar un destino universal, que no sólo aúne a sus gentes y sus pueblos, sino que sea capaz de entusiasmarlos, de ilusionarlos. Necesitamos volver a sentir en honor de ser españoles.

Ante el ambiente separatista se pretende oponer intereses frente a valores. No se trata de que estemos enfrente a la secesión porque económicamente no nos interese ni a Cataluña ni a España. Estamos enfrente de la secesión porque amamos a Cataluña, necesitamos a Cataluña. No concebimos a España sin Cataluña, lo mismo que no querríamos perder un brazo o una pierna porque todo el cuerpo se resentiría. No podríamos explicar nuestra historia sin Cataluña, lo mismo que no podríamos explicar la historia de Cataluña sin España. No sólo nos necesitamos, tenemos que reconocer, que sentir, que somos un solo cuerpo, un solo corazón, indivisible, hermano, eterno.

Amenazamos a Cataluña con la expulsión de Europa. Lo primero que tendríamos que contestar: ¿Y qué es Europa? ¿Es Europa, el sibilino instrumento de Alemania para dominar por la economía lo que no fue capaz de hacer por las armas? Fuimos a Europa con el brazo extendido, en actitud pordiosera. No fuimos a colaborar en una misión, fuimos a ver que nos daban. Y tenemos que reconocer que en un principio no nos fue tan mal. Nos embarcamos en un afán consumista propio de nuevos ricos: hicimos magníficas autopistas, que se dirigía a ninguna parte, fastuosos aeropuertos, en medio de la nada, y mientras, nuestra clase dirigente se llenaba los bolsillos sin pudor ninguno. Y hablando de nuestros dirigentes, tan ocupados andaban en eso de llenarse los bolsillos, que no sólo no gobernaban sino que dieron alas a toda clase de enemigos patrios.

La Europa de los mercaderes, de las troicas, no nos interesa, queremos una Europa que fiel a sus raíces sea capaz de aunar, en igualdad y justicia a todos sus miembros. Queremos una Europa democrática al servicio de los europeos. Queremos una España en Europa y no de comparsa de intereses ajenos. Queremos, en definitiva una Cataluña en España y a una España en Europa.

Hoy, como remedio de todos nuestros males, se habla de «reformar» la Constitución para arreglar España. La Constitución del 78 no hay que reformarla, hay que abolirla, y en su lugar, después de un periodo constituyente, aprobar una que defienda los auténticos y eternos valores que conforman el «Ser de España»: Dios, Patria, Unidad, Justicia, Soberanía, Libertad... De una Constitución que exprese como decía nuestra vieja canción: «No más reyes de estirpe extranjera, ni más hombres sin pan que comer» donde el trabajo «sea para todos un derecho más bien que un deber».

La historia del separatismo siempre es una historia de traidores, vendidos o tontos, pónganles ustedes, detrás o delante, todos esos nombres que merodean o merodearon el poder, tanto en Cataluña como en España. Si, ya sabemos, que a algunos se les pueden aplicar los tres: traidores, vendidos y/o tontos.